



Jack London

El Hijo
Del Lobo

E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

EL HIJO DEL LOBO

JACK LONDON

PUBLICADO: 1900

**TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA
ORIGEN: EN.WIKISOURCE.ORG**

EL HIJO DEL LOBO

El hombre rara vez otorga el valor adecuado a sus mujeres, o al menos no lo hace hasta que se ve privado de ellas. No tiene concepción alguna de la sutil atmósfera que emana del sexo femenino mientras se encuentra inmerso en ella; pero cuando esta se retira, comienza a manifestarse un vacío creciente en su existencia, y siente un hambre vaga, una necesidad tan indefinida que no logra caracterizarla. Si sus compañeros son tan inexpertos como él, negarán con la cabeza, dudosos, y le recetarán remedios fuertes. Pero el hambre persistirá y se hará más intensa; perderá el interés por las cosas de su vida cotidiana y se volverá taciturno; y un día, cuando el vacío se torne insoportable, le llegará una revelación.

En la región del Yukón, cuando esto sucede, el hombre suele aprovisionar un bote de pértiga si es verano, o, si es invierno, engancha a sus perros y se dirige hacia el sur. Unos meses después, suponiendo que mantenga su fe en el país, regresa con una esposa para compartir con él esa fe y, de paso, sus penurias. Esto no hace más que demostrar el egoísmo innato del hombre. También nos lleva al problema de "Scruff" Mackenzie, que ocurrió en los viejos tiempos, antes de que la región fuese invadida y delimitada por una marea de che-cha-quas, y cuando la única fama del Klondike radicaba en su pesca de salmones.

Scruff Mackenzie llevaba las marcas de un nacimiento y una vida fronteriza. Su rostro estaba sellado con veinticinco años de lucha incesante contra la naturaleza en sus estados más salvajes; los últimos dos, los más duros de todos, los había pasado buscando a tientas el oro que yace bajo la sombra del Círculo Ártico. Cuando la enfermedad del anhelo lo atacó, no se sor-

prendió, pues era un hombre práctico y había visto a otros hombres caer bajo ese mal. Pero no mostró señales de su padecimiento, salvo que trabajó con mayor ahínco. Durante todo el verano combatió a los mosquitos y lavó las arenas confluente del río Stuart para duplicar su provisión de víveres. Luego construyó una balsa con troncos de cabaña, la llevó flotando por el Yukón hasta Forty Mile y armó una cabaña tan cómoda como cualquiera que el campamento pudiera ofrecer. De hecho, prometía tanto confort que muchos hombres se ofrecieron como sus socios para vivir con él. Pero él aplastó sus aspiraciones con palabras ásperas, conocidas por su fuerza y brevedad, y compró una provisión doble de víveres en el puesto comercial.

Como ya se ha señalado, Scruff Mackenzie era un hombre práctico. Si quería algo, usualmente lo conseguía, pero no se desviaba más de lo necesario para lograrlo. Aunque era un hijo del trabajo duro y la adversidad, no estaba dispuesto a realizar un viaje de seiscientas millas sobre el hielo, otro de dos mil millas por el océano y aún un tercero de mil millas hasta su último terreno de pisadas, todo ello en la mera búsqueda de una esposa. La vida era demasiado corta. Así que reunió a sus perros, cargó un curioso fardo en su trineo y cruzó el paso hacia las laderas occidentales drenadas por los afluentes del Tanana.

Era un viajero resistente, y sus perros lobos podían trabajar más duro y viajar más lejos con menos comida que cualquier otro equipo en el Yukón. Tres semanas después, llegó a un campamento de caza de los Tanana Sticks. Ellos se asombraron de su temeridad, pues tenían mala fama y se sabía que habían matado hombres blancos por cosas tan triviales como un hacha afilada o un rifle roto. Pero él se movió entre ellos solo, con un porte que era una deliciosa mezcla de humildad, familiaridad, sangre fría e insolencia. Se requería una mano hábil y un profundo conocimiento de la mente bárbara para manejar de manera efectiva tales armas diversas; pero él era un maestro consumado en el arte, sabiendo cuándo conciliar y cuándo amenazar con una cólera parecida a la de Júpiter.

Primero hizo reverencias al jefe Thling-Tinneh, ofreciéndole un par de libras de té negro y tabaco, ganándose así su más cordial favor. Luego se mezcló con los hombres y las doncellas, y esa noche ofreció un potlach. La nieve fue apisonada en la forma de un rectángulo, quizá de unos treinta metros de largo y un cuarto de esa anchura. En el centro se construyó un largo fuego, mientras que a ambos lados se cubrió con ramas de abeto. Las caba-

ñas fueron abandonadas, y los cien miembros de la tribu entonaron sus cantos populares en honor a su huésped.

Los dos años de Scruff Mackenzie le habían enseñado las pocas centenas de palabras de su vocabulario, y también había conquistado sus profundos guturales, sus modismos japoneses, construcciones, y partículas honoríficas y aglutinantes. Así que pronunció un discurso a su manera, satisfaciendo su instintivo amor por la poesía con crudos vuelos de elocuencia y contorsiones metafóricas. Después de que Thling-Tinneh y el chamán respondieran en especie, él hizo pequeños obsequios a los hombres, se unió a sus cantos y demostró ser un experto en su juego de apuestas de cincuenta y dos palos.

Y ellos fumaron su tabaco y quedaron complacidos. Pero entre los hombres jóvenes había una actitud desafiante, un espíritu de fanfarronería, fácil de entender por las insinuaciones descaradas de las ancianas desdentadas y las risas de las doncellas. Habían conocido a pocos hombres blancos, "Hijos del Lobo", pero de esos pocos habían aprendido lecciones extrañas.

Tampoco Scruff Mackenzie, a pesar de su aparente despreocupación, dejó de notar estos fenómenos. En verdad, enrollado en sus pieles para dormir, lo pensó todo, lo pensó seriamente, y vació muchas pipas planeando una estrategia. Solo una doncella había captado su interés: nada menos que Zarinska, hija del jefe. En sus rasgos, forma y porte, que respondían más de cerca al tipo de belleza del hombre blanco, era casi una anomalía entre sus hermanas tribales. La poseería, la haría su esposa y la llamaría... ¡ah!, la llamaría Gertrude. Habiendo decidido esto, se dio la vuelta y se quedó dormido, un verdadero hijo de su raza conquistadora.

Era un trabajo lento y un juego difícil; pero Scruff Mackenzie maniobró astutamente, con una despreocupación que desconcertó a los Sticks. Se cuidó mucho de impresionar a los hombres con que era un tirador certero y un gran cazador, y el campamento resonó con sus elogios cuando abatió un alce a seiscientos metros. Por la noche visitaba la cabaña de pieles de alce y caribú del jefe Thling-Tinneh, hablaba en grande y repartía tabaco con mano generosa. Tampoco descuidó honrar al chamán, pues comprendía la influencia del hombre-medicina sobre su pueblo y deseaba convertirlo en aliado. Pero aquel era altivo y orgulloso, se negó a ser propiciado y fue marcado sin error como un enemigo potencial.

Aunque no surgió ninguna oportunidad para una entrevista con Zarinska, Mackenzie le lanzó muchas miradas, dejando clara su intención. Y ella lo sabía bien, aunque coquetamente se rodeaba de un círculo de mujeres siempre que los hombres se alejaban y él tenía una oportunidad. Pero él no tenía prisa; además, sabía que no podía evitar pensar en él, y unos días de tales pensamientos solo favorecerían su causa.

Finalmente, una noche, cuando consideró que había llegado el momento, abandonó abruptamente la vivienda humeante del jefe y se dirigió apresuradamente a una cabaña cercana. Como de costumbre, ella estaba sentada entre ancianas y doncellas, todas ocupadas en coser mocasines y trabajos con abalorios. Rieron a su entrada, y las bromas, que vinculaban a Zarinska con él, se desataron. Pero una tras otra fueron expulsadas sin ceremonias a la nieve exterior, desde donde se apresuraron a difundir la historia por todo el campamento.

Su causa fue bien defendida, en la lengua de ella, pues ella no conocía la suya, y al cabo de dos horas se levantó para marcharse.

—¿Entonces Zarinska irá a la cabaña del Hombre Blanco? ¡Bien! Ahora voy a hablar con tu padre, pues puede que no esté de acuerdo. Y le daré muchas ofrendas, pero no debe pedir demasiado. ¿Si dice que no? ¡Bien! Zarinska irá igualmente a la cabaña del Hombre Blanco.

Ya había levantado la piel de la entrada para salir, cuando una leve exclamación lo hizo regresar al lado de la muchacha. Ella se puso de rodillas sobre la alfombra de piel de oso, su rostro brillaba con una verdadera luz de Eva, y tímidamente desabrochó su pesado cinturón. Él miró hacia abajo, desconcertado, suspicaz, con los oídos alertas al menor sonido exterior. Pero su siguiente movimiento desarmó sus dudas, y él sonrió complacido. Ella sacó de su bolsa de costura una funda de piel de alce, decorada con vivos abalorios en un diseño fantástico. Sacó su gran cuchillo de caza, lo examinó reverentemente a lo largo de su filo afilado, tentada a probarlo con el pulgar, y lo introdujo en su nuevo hogar. Luego deslizó la funda a lo largo del cinturón hasta su lugar habitual, justo sobre la cadera.

Era como una escena de otros tiempos: una dama y su caballero. Mackenzie la levantó a su plena altura y rozó sus labios rojos con su bigote, el, para ella, extraño gesto del Lobo. Era el encuentro de la edad de piedra con el acero.

Había un aire de excitación cuando Scruff Mackenzie, con un bulto voluminoso bajo el brazo, abrió la entrada de la tienda de Thling-Tinneh. Los niños corrían por fuera, arrastrando leña seca hacia el lugar del potlach, las voces de las mujeres se mezclaban en un creciente clamor, los hombres jóvenes se agrupaban en pequeños círculos y desde la cabaña del chamán se alzaban los sonidos lúgubres de un encantamiento.

El jefe estaba solo con su esposa, de ojos apagados, pero una mirada bastó para decirle a Mackenzie que las noticias ya eran viejas. Así que fue directo al grano, mostrando la funda de abalorios en lugar destacado como prueba del compromiso.

— ¡Oh, Thling-Tinneh, gran jefe de los Sticks y la tierra del Tanana, señor del salmón y del oso, del alce y el caribú! El Hombre Blanco está ante ti con un gran propósito. Muchas lunas ha estado vacía su cabaña, y está solitario. Y su corazón se ha consumido en silencio, hambriento de una mujer que se siente a su lado en la cabaña, que lo reciba de la caza con fuego cálido y buena comida. Ha oído cosas extrañas, el golpeteo de mocasines de bebé y el sonido de las voces de los niños. Y una noche tuvo una visión, y vio al Cuervo, que es tu padre, el gran Cuervo, que es el padre de todos los Sticks. Y el Cuervo habló al solitario Hombre Blanco, diciendo: "Átate los mocasines, ponte las raquetas de nieve y ata tu trineo con comida para muchas lunas y ricos presentes para el jefe Thling-Tinneh. Porque volverás tu rostro hacia donde el sol del medio de la primavera se hunde bajo la tierra y viajarás hasta los terrenos de caza de este gran jefe. Allí harás grandes ofrendas, y Thling-Tinneh, que es mi hijo, será como un padre para ti. En su cabaña hay una doncella en quien soplé el aliento de vida para ti. A esta doncella tomarás por esposa."

— ¡Oh, jefe, así habló el gran Cuervo! Así deposito grandes regalos a tus pies; así he venido a tomar a tu hija.

El viejo envolvió sus pieles con una conciencia rústica de realeza, pero retrasó su respuesta mientras un joven entraba, entregaba rápidamente un mensaje para que compareciera ante el consejo y se marchaba.

— Oh, Hombre Blanco, a quien hemos llamado Cazador de Alces, también conocido como el Lobo, y el Hijo del Lobo. Sabemos que vienes de una gran raza; estamos orgullosos de tenerte como invitado de nuestro

potlach; pero el salmón rey no se aparea con el salmón perro, ni el Cuervo con el Lobo.

— ¡No es así! — gritó Mackenzie—. Las hijas del Cuervo he conocido en los campamentos del Lobo: la esposa de Mortimer, la esposa de Tregidgo, la esposa de Barnaby, que llegó hace dos deshielos. Y he oído hablar de otras esposas, aunque mis ojos no las hayan visto.

— Hijo, tus palabras son verdad; pero sería un mal emparejamiento, como el agua con la arena, como el copo de nieve con el sol. ¿Pero conociste a uno llamado Mason y su esposa? ¿No? Él llegó hace diez deshielos, el primero de todos los Lobos. Y con él había un gran hombre, recto como un brote de sauce y alto; fuerte como el oso pardo de cara blanca, con un corazón como la luna llena del verano. Su...

— ¡Oh! — interrumpió Mackenzie, reconociendo la figura tan conocida en el Norte—, ¡Malemute Kid!

— El mismo, un gran hombre. Pero ¿viste algo de la esposa? Era hermana completa de Zarinska.

— No, jefe; pero lo he oído. Mason... muy, muy al norte, un abeto, cargado de años, aplastó su vida bajo él. Pero su amor fue grande, y tenía mucho oro. Con esto y su hijo, viajó incontables lunas hacia el sol del mediodía invernal, y allí vive todavía: ni las heladas mordaces, ni la nieve, ni el sol de medianoche del verano, ni la noche del mediodía del invierno.

Un segundo mensajero interrumpió con una llamada imperiosa del consejo. Mientras Mackenzie lo arrojaba a la nieve, alcanzó a vislumbrar las formas balanceándose ante el fuego del consejo, escuchó los bajos profundos de los hombres en cántico rítmico y supo que el chamán estaba avivando la ira de su pueblo. El tiempo apremiaba. Se volvió hacia el jefe.

— ¡Ven! Quiero a tu hija. Y ahora. ¡Mira! Aquí hay tabaco, té, muchas tazas de azúcar, mantas cálidas, pañuelos grandes y buenos; y aquí, un rifle verdadero, con muchas balas y mucha pólvora.

— No — replicó el anciano, luchando contra la gran riqueza extendida ante él—. Ahora mismo mi gente está reunida. No aceptarán este matrimonio.

— Pero tú eres el jefe.

—Sin embargo, mis jóvenes hombres están furiosos porque los Lobos han tomado a sus doncellas, de modo que no pueden casarse.

—Escucha, Thling-Tinneh. Antes de que la noche pase al día, el Lobo enfrentará a sus perros hacia las Montañas del Este y se dirigirá al País del Yukón. Y Zarinska abrirá el camino para sus perros.

—Y antes de que la noche alcance su mitad, mis jóvenes hombres podrían arrojar la carne del Lobo a los perros, y sus huesos estarían esparcidos en la nieve hasta que la primavera los deje al descubierto.

Fue amenaza contra amenaza. El rostro bronceado de Mackenzie se oscureció de ira. Alzó la voz. La vieja, que hasta entonces había permanecido como espectadora impasible, intentó deslizarse hacia la puerta. El canto de los hombres se interrumpió de golpe, y hubo un alboroto de muchas voces cuando él la empujó con rudeza de vuelta a su lecho de pieles.

—¡Otra vez te lo digo: escucha, oh Thling-Tinneh! El Lobo muere con los dientes firmemente apretados, y con él dormirán diez de tus hombres más fuertes, hombres que se necesitan, pues la caza apenas ha comenzado, y la pesca está a pocas lunas. Y además, ¿de qué serviría que yo muriera? Conozco la costumbre de tu pueblo; tu parte de mi riqueza será muy pequeña. Dame a tu hija y todo será tuyo. Y aún más, mis hermanos vendrán, y son muchos, y sus fauces nunca se llenan; y las hijas del Cuervo tendrán hijos en las cabañas del Lobo. Mi gente es más grande que la tuya. Es el destino. Concede, y toda esta riqueza será tuya.

Los mocasines crujieron sobre la nieve afuera. Mackenzie preparó su rifle y aflojó las pistolas gemelas en su cinturón.

—¡Concede, oh jefe!

—Y aun así mi gente dirá que no.

—Concede, y la riqueza será tuya. Entonces trataré con tu gente después.

—El Lobo así lo quiere. Aceptaré sus ofrendas, pero debo advertirle.

Mackenzie entregó los bienes, asegurándose de estropear el eyector del rifle, y selló el trato con un pañuelo de seda caleidoscópico. El chamán y media docena de jóvenes valientes entraron, pero él se abrió paso entre ellos con valentía y salió.

— ¡Empaca! — fue su lacónica orden a Zarinska mientras pasaba junto a su cabaña y se apresuraba a enganchar a sus perros. Unos minutos después irrumpió en el consejo a la cabeza del equipo, con la mujer a su lado. Tomó su lugar en el extremo superior del óvalo, junto al jefe. A su izquierda, un paso hacia atrás, colocó a Zarinska, su lugar adecuado. Además, el momento estaba listo para problemas, y había necesidad de proteger su espalda.

A cada lado, los hombres se agazapaban junto al fuego, levantando sus voces en un canto tribal de un pasado olvidado. Lleno de extrañas cadencias entrecortadas y recurrencias inquietantes, no era hermoso. “Terrible” podría expresarlo de forma inadecuada. En el extremo inferior, bajo la mirada del chamán, danzaban una decena de mujeres. Severas eran sus repreciones hacia quienes no se abandonaban por completo al éxtasis del rito. Semiocultas bajo sus pesadas masas de cabello azabache, desgredadas y cayendo hasta la cintura, se balanceaban lentamente de un lado a otro, sus formas ondulando con un ritmo siempre cambiante.

Era una escena extraña, un anacronismo. Al sur, el siglo XIX estaba gastando los últimos años de su última década; aquí florecía el hombre primitivo, apenas un vestigio apartado del cavernícola prehistórico, un fragmento olvidado del Viejo Mundo. Los perros lobo, de pelaje cobrizo, se sentaban entre sus dueños vestidos de pieles o luchaban por espacio; el resplandor del fuego se reflejaba en sus ojos rojos y sus colmillos babosos. El bosque, en su mortaja fantasmal, dormía indiferente. El Silencio Blanco, por un momento ahuyentado hacia el borde del bosque, parecía siempre oprimir hacia adentro; las estrellas danzaban con grandes saltos, como es su costumbre en tiempos del Gran Frío; mientras los Espíritus del Polo arrastraban sus ropajes de gloria por el cielo.

Scruff Mackenzie percibió vagamente la grandeza salvaje del escenario mientras sus ojos recorrían los lados cubiertos de pieles en busca de rostros ausentes. Se detuvieron por un momento en un recién nacido, mamando del pecho desnudo de su madre. Hacía cuarenta grados bajo cero, setenta y tantos grados de helada. Pensó en las mujeres delicadas de su propia raza y sonrió con severidad. Y sin embargo, de los lomos de alguna mujer tan tierna había surgido él, con una herencia real: una herencia que le daba dominio sobre la tierra y el mar, sobre los animales y los pueblos de todas las zonas. Solo contra cien, rodeado por el invierno ártico, lejos de los suyos, sin-

tió el impulso de su linaje, el deseo de poseer, el amor salvaje al peligro, el escalofrío de la batalla, el poder de conquistar o morir.

Los cánticos y la danza cesaron, y el chamán estalló en una ruda elocuencia. A través de los sinuosos caminos de su vasta mitología, trabajó astutamente sobre la credulidad de su gente. El caso era sólido. Oponiendo los principios creativos encarnados en el Cuervo y el Lobo, estigmatizó a Mackenzie como el Lobo, el principio combatiente y destructor. No solo era espiritual la lucha de estas fuerzas, sino que los hombres luchaban, cada uno por su tótem. Ellos eran los hijos de Jelchs, el Cuervo, el portador del fuego prometico; Mackenzie era el hijo del Lobo, o, en otras palabras, el Diablo. Para ellos, llegar a una tregua en esta guerra perpetua, casar a sus hijas con el archienemigo, era traición y blasfemia en su máxima expresión. Ninguna frase fue demasiado dura ni figura lo suficientemente vil para denigrar a Mackenzie como un infiltrado furtivo y emisario de Satanás. Hubo un rugido contenido y salvaje en los profundos pechos de sus oyentes mientras él tomaba el giro de su perorata.

— ¡Ah, mis hermanos! Jelchs es todopoderoso. ¿Acaso no trajo el fuego celestial para que pudiéramos calentarnos? ¿No sacó el sol, la luna y las estrellas de sus agujeros para que pudiéramos ver? ¿No nos enseñó a luchar contra los Espíritus del Hambre y de la Escarcha? Pero ahora Jelchs está enojado con sus hijos, y ellos se han reducido a un puñado, y no los ayudará. Porque lo han olvidado, han hecho cosas malas, han recorrido senderos equivocados y han llevado a sus enemigos a sus cabañas para que se sienten junto a sus fuegos. Y el Cuervo está apesadumbrado por la maldad de sus hijos; pero cuando ellos se levanten y demuestren que han regresado, saldrá de la oscuridad para ayudarlos. ¡Oh, hermanos! Jelchs, el Portador del Fuego, ha susurrado mensajes a su chamán; los mismos que escucharéis. ¡Que los jóvenes lleven a las jóvenes a sus cabañas; que vuelen al cuello del Lobo; que sean eternos en su enemistad! Entonces sus mujeres serán fecundas, y ellos se multiplicarán en un pueblo poderoso. ¡Y el Cuervo liderará grandes tribus de sus padres y los padres de sus padres desde el Norte; y ellos vencerán a los Lobos hasta que sean como las hogueras del campamento del año pasado; y volverán a gobernar toda la tierra! Este es el mensaje de Jelchs, el Cuervo.

Esta visión del regreso del Mesías arrancó un aullido ronco de los Sticks mientras saltaban de pie. Mackenzie deslizó los pulgares de sus manoplas,

esperando. Hubo un clamor por el Zorro, que no cesó hasta que uno de los jóvenes se adelantó para hablar.

— ¡Hermanos! El chamán ha hablado sabiamente. Los Lobos han tomado nuestras mujeres, y nuestros hombres están sin hijos. Nos hemos reducido a un puñado. Los Lobos han tomado nuestras pieles cálidas y han dado a cambio espíritus malignos que habitan en botellas y ropas que no vienen del castor ni del lince, sino que están hechas de hierba. Y no son cálidas, y nuestros hombres mueren de extrañas enfermedades. Yo, el Zorro, no he tomado mujer por esposa; ¿y por qué? Dos veces las doncellas que me agradaron se fueron a los campamentos del Lobo. Incluso ahora he acumulado pieles de castor, de alce, de caribú, para ganar el favor de Thling-Tinneh y poder casarme con Zarinska, su hija. Incluso ahora sus raquetas de nieve están atadas a sus pies, listas para abrir el camino para los perros del Lobo. Y no hablo solo por mí. Como yo, el Oso también deseaba ser padre de sus hijos, y muchas pieles ha preparado para ello. Hablo por todos los jóvenes que no conocen esposa. Los Lobos siempre tienen hambre. Siempre toman la mejor carne en la caza. A los Cuervos les dejan los restos.

— ¡Ahí está Gugkla! — gritó, señalando brutalmente a una de las mujeres, que era lisiada—. Sus piernas están torcidas como las costillas de una canoa de abedul. No puede recoger leña ni cargar la carne de los cazadores. ¿Elegieron los Lobos a ella?

— ¡Ai! ¡Ai! — vociferaron sus compañeros.

— Ahí está Moyri, cuyos ojos están cruzados por el Espíritu Maligno. Incluso los bebés se asustan cuando la miran, y se dice que el oso pardo le cede el camino. ¿Fue ella elegida?

Nuevamente resonaron los crueles aplausos.

— Y ahí está Pischet. Ella no escucha mis palabras. Nunca ha oído el grito del chit-chat, la voz de su esposo, el balbuceo de su hijo. Vive en el Silencio Blanco. ¿Les importó a los Lobos ella? ¡No! Ellos eligen lo mejor de la caza; a nosotros nos dejan los restos.

— ¡Hermanos, no será así! ¡Nunca más los Lobos se deslizarán entre nuestras hogueras! El momento ha llegado.

Una gran corriente de luz, la aurora boreal, púrpura, verde y amarilla, cruzó el cenit, formando un puente de horizonte a horizonte. Con la cabeza

echada hacia atrás y los brazos extendidos, se balanceó hacia su clímax.

— ¡Mirad! ¡Los espíritus de nuestros ancestros se han levantado y grandes hechos están ocurriendo esta noche!

Retrocedió, y otro joven, algo dubitativo, se adelantó, empujado por sus compañeros. Sobresalía una cabeza por encima de ellos, su ancho pecho desafiantemente desnudo al frío. Se balanceó tentativamente de un pie al otro. Las palabras se detenían en su lengua, y se sentía incómodo. Su rostro era horrible de contemplar, pues alguna vez había sido desgarrado en parte por un golpe terrible. Finalmente golpeó su pecho con el puño cerrado, produciendo un sonido como de tambor, y su voz retumbó como el oleaje en una caverna oceánica.

— ¡Soy el Oso, el Grizzly Plateado y el Hijo del Grizzly Plateado! Cuando mi voz era aún como la de una niña, maté al lince, al alce y al caribú; cuando silbaba como los glotones bajo un escondite, crucé las Montañas del Sur y maté a tres de los Ríos Blancos; cuando se convirtió en el rugido del Chinook, me enfrenté al oso pardo de cara blanca, pero no cedí el camino.

Aquí hizo una pausa, su mano barriendo significativamente las cicatrices horribles de su rostro.

— No soy como el Zorro. Mi lengua está congelada como el río. No puedo hablar mucho. Mis palabras son pocas. El Zorro dice que grandes hechos ocurrirán esta noche. ¡Bien! Sus palabras fluyen de su lengua como las crecientes de primavera, pero le faltan hechos. Esta noche lucharé con el Lobo. Lo mataré, y Zarinska se sentará junto a mi fuego. El Oso ha hablado.

Aunque el pandemónium reinaba a su alrededor, Scruff Mackenzie se mantuvo firme. Consciente de lo inútil que sería el rifle en un enfrentamiento cuerpo a cuerpo, deslizó ambas cartucheras hacia adelante, preparándose para la acción, y tiró de las manoplas hasta que sus manos apenas estuvieron cubiertas por las mangas de los guantes. Sabía que no había esperanza en un ataque en masa, pero, fiel a su palabra, estaba preparado para morir con los dientes apretados. Sin embargo, el Oso contuvo a sus compañeros, apartando a los más impetuosos con su formidable puño. Mientras el tumulto comenzaba a disiparse, Mackenzie lanzó una mirada en dirección a Zarinska. Era un cuadro sublime. Ella se inclinaba hacia adelante sobre sus raquetas de nieve, los labios entreabiertos y las fosas nasales vibrando,

como una tigresa a punto de saltar. Sus grandes ojos negros estaban fijos en sus compañeros de tribu, llenos de miedo y desafío. La tensión era tal que había olvidado respirar. Con una mano presionada espasmódicamente contra su pecho y la otra firmemente agarrada al látigo para perros, parecía esculpida en piedra. Incluso mientras la miraba, el alivio llegó a ella. Sus músculos se relajaron; con un profundo suspiro se dejó caer hacia atrás, dándole una mirada de algo más que amor.

Thling-Tinneh trataba de hablar, pero su voz se ahogaba entre el clamor de su gente. Entonces Mackenzie avanzó con decisión. El Zorro abrió la boca para lanzar un grito penetrante, pero tan salvajemente giró Mackenzie hacia él que retrocedió, su garganta gorgoteando con un sonido suprimido. Su desconcierto fue recibido con carcajadas estruendosas, lo que sirvió para calmar a sus compañeros y ponerlos en disposición de escuchar.

— ¡Hermanos! — comenzó Mackenzie —. El Hombre Blanco, a quien habéis llamado el Lobo, vino entre vosotros con palabras sinceras. No fue como los Inuit; no habló mentiras. Vino como un amigo, como alguien que deseaba ser un hermano. Pero vuestros hombres han tenido su palabra, y el momento para las palabras suaves ha pasado. Primero, os diré que el chamán tiene una lengua malvada y es un falso profeta, que los mensajes que habló no son los del Portador del Fuego. Sus oídos están cerrados a la voz del Cuervo, y de su propia cabeza teje astutas fantasías, y os ha hecho parecer tontos. No tiene poder. Cuando los perros fueron sacrificados y comidos, y vuestros estómagos estaban llenos de piel sin curtir y tiras de mocasines; cuando los ancianos murieron, y las ancianas murieron, y los bebés murieron al pie de los pechos secos de sus madres; cuando la tierra estaba oscura y perecisteis como los salmones en otoño; ¡ay!, cuando la hambruna estaba sobre vosotros, ¿recompensó el chamán a vuestros cazadores? ¿Puso el chamán carne en vuestros vientres? De nuevo os digo, el chamán no tiene poder. ¡Así! ¡Escupid sobre su rostro!

Aunque sorprendidos por el sacrilegio, no hubo alboroto. Algunas de las mujeres incluso estaban asustadas, pero entre los hombres hubo una especie de ascenso, como si se prepararan o anticiparan un milagro. Todas las miradas se centraron en las dos figuras principales. El sacerdote, consciente del momento crucial, sintió tambalearse su poder, abrió la boca para una denuncia, pero retrocedió ante el avance amenazante, el puño en alto y los ojos llameantes de Mackenzie. Este volvió a burlarse y continuó:

—¿He caído fulminado? ¿Me quemaron los rayos? ¿Cayeron las estrellas del cielo para aplastarme? ¡Bah! He terminado con el perro. Ahora os hablaré de mi pueblo, que es el más poderoso de todos los pueblos, que gobierna todas las tierras. Al principio cazamos como yo cazo, solos. Después cazamos en manadas; y al final, como una estampida de caribúes, barrimos toda la tierra. Aquellos a quienes llevamos a nuestras cabañas viven; aquellos que no vienen, mueren. Zarinska es una doncella hermosa, fuerte y llena, digna de ser madre de Lobos. Aunque yo muera, eso será lo que ella será, porque mis hermanos son muchos, y seguirán el rastro de mis perros. Escuchad la Ley del Lobo: quien tome la vida de un Lobo, diez de los suyos pagarán el precio. En muchas tierras se ha pagado el precio; en muchas tierras se pagará todavía.

— Ahora trataré con el Zorro y el Oso. Parece que han puesto los ojos en la doncella. ¿Es así? ¡Mirad! ¡Yo la he comprado! Thling-Tinneh se apoya en el rifle; los bienes del trato están junto a su fuego. Pero aún seré justo con los jóvenes. Al Zorro, cuya lengua está seca de tantas palabras, le daré cinco largos trozos de tabaco. Así se mojará su boca para que haga mucho ruido en el consejo. Pero al Oso, de quien estoy bien orgulloso, le daré dos mantas, veinte tazas de harina, el doble de tabaco que al Zorro; y si viaja conmigo por las Montañas del Este, entonces le daré un rifle, compañero del de Thling-Tinneh. ¿Si no? ¡Bien! El Lobo está cansado de hablar. Una vez más, recordaré la Ley: quien tome la vida de un Lobo, diez de los suyos pagarán el precio.

Mackenzie sonrió mientras regresaba a su posición anterior, pero en su interior estaba lleno de preocupación. La noche aún era oscura. Zarinska se acercó a él, y escuchó atentamente mientras ella le contaba los trucos de lucha del Oso con el cuchillo.

La decisión fue la guerra. En un abrir y cerrar de ojos, decenas de mocasines ampliaron el espacio de nieve apisonada alrededor del fuego. Hubo muchas charlas sobre la aparente derrota del chamán; algunos sostenían que había retenido su poder, mientras otros repasaban eventos pasados y concordaban con el Lobo. El Oso avanzó hacia el centro del campo de batalla, empuñando un largo cuchillo de caza de fabricación rusa. El Zorro señaló los revólveres de Mackenzie; así que este se despojó de su cinturón, abrochándolo alrededor de Zarinska, a quien también confió su rifle. Ella negó con la

cabeza, diciendo que no sabía disparar; pocas eran las oportunidades para que una mujer manejara cosas tan valiosas.

—Entonces, si el peligro se acerca por mi espalda, grita: “¡Mi esposo!”
No; así: “¡Mi esposo!”

Él rió mientras ella lo repetía, le pellizcó la mejilla y regresó al círculo. No solo en alcance y estatura tenía el Oso ventaja sobre él, sino que su hoja era más larga por unos buenos cinco centímetros. Scruff Mackenzie había mirado a los ojos de hombres antes, y sabía que el que tenía frente a él era un verdadero hombre; aun así, su sangre se encendió con el brillo de la luz sobre el acero y con el pulso dominante de su raza.

Una y otra vez fue forzado al borde del fuego o a la nieve profunda, y una y otra vez, con las tácticas de pie de un boxeador, trabajó para regresar al centro. No se levantó ninguna voz para alentarlo, mientras que su adversario recibía aplausos, sugerencias y advertencias. Pero sus dientes solo se apretaron más mientras las hojas chocaban, y él atacaba o eludía con una frialdad nacida de la fuerza consciente. Al principio sintió compasión por su enemigo; pero esta se desvaneció ante el instinto primitivo de sobrevivir, que a su vez dio paso a la sed de sangre. Los diez mil años de cultura cayeron de él, y fue un hombre de las cavernas luchando por su hembra.

Dos veces hirió al Oso, escapando ileso; pero la tercera vez quedó atrapado, y para salvarse, las manos libres se cerraron sobre las manos que luchaban, y ambos se enfrentaron. Entonces Mackenzie comprendió la tremenda fuerza de su oponente. Sus músculos se anudaron en dolorosos montículos, y las cuerdas y tendones amenazaron con romperse por el esfuerzo; pero cada vez más cerca llegó el acero ruso. Intentó liberarse, pero solo logró debilitarse más. El círculo de figuras cubiertas de piel se cerró, seguras y ansiosas de presenciar el golpe final. Pero con un truco de luchador, girando parcialmente hacia un lado, golpeó a su adversario con la cabeza. Involuntariamente, el Oso se inclinó hacia atrás, alterando su centro de gravedad. Simultáneamente, Mackenzie lo desequilibró correctamente y arrojó todo su peso hacia adelante, lanzándolo fuera del círculo hacia la nieve profunda. El Oso salió a trompicones y regresó cargando a toda velocidad.

—¡Oh, esposo mío! —la voz de Zarinska resonó vibrante de peligro.

Al chasquido de la cuerda de un arco, Mackenzie se agachó rápidamente, y una flecha con punta de hueso pasó sobre él hasta clavarse en el pecho del Oso, cuyo impulso lo llevó por encima del enemigo agachado. En el siguiente instante, Mackenzie estaba de pie nuevamente. El Oso yacía inmóvil, pero al otro lado del fuego estaba el chamán, tensando una segunda flecha.

El cuchillo de Mackenzie voló por el aire. Captó la pesada hoja por la punta. Hubo un destello de luz cuando cruzó el fuego. Entonces el chamán, con solo el mango apareciendo desde su garganta, vaciló un momento y cayó de bruces sobre las brasas ardientes.

¡Click! ¡Click! El Zorro había tomado el rifle de Thling-Tinneh y trataba inútilmente de cargar un cartucho. Pero lo dejó caer al sonido de la risa de Mackenzie.

—¿Así que el Zorro no ha aprendido a usar el juguete? Todavía es una mujer. ¡Ven! Tráelo, que te enseñe.

El Zorro vaciló.

—¡Ven, te digo!

Se acercó arrastrando los pies, como un perro vencido.

—Así, y así; así se hace —dijo Mackenzie mientras cargaba un cartucho y colocaba el rifle en posición de disparo.

—El Zorro dijo que grandes hechos ocurrirían esta noche, y habló con verdad. Han ocurrido grandes hechos, pero los menores de ellos han sido los del Zorro. ¿Todavía quiere llevar a Zarinska a su cabaña? ¿Está dispuesto a recorrer el sendero ya trazado por el chamán y el Oso? ¿No? ¡Bien!

Mackenzie se giró con desprecio y extrajo su cuchillo de la garganta del sacerdote.

—¿Alguno de los jóvenes está dispuesto? Si es así, el Lobo los enfrentará de dos en dos o de tres en tres hasta que no quede ninguno. ¿No? ¡Bien! Thling-Tinneh, ahora te devuelvo este rifle por segunda vez. Si en los días venideros viajas al País del Yukón, debes saber que siempre habrá un lugar y mucha comida junto al fuego del Lobo. La noche está pasando al día. Me voy, pero puede que regrese. Y, por última vez, recuerda la Ley del Lobo.

Él parecía sobrenatural a los ojos de su audiencia mientras se reunía con Zarinska. Ella tomó su lugar al frente del equipo de perros, y estos comenzaron a moverse. Unos momentos después, fueron tragados por el bosque fantasmal. Hasta entonces, Mackenzie había esperado; se calzó las raquetas de nieve y los siguió.

—¿Ha olvidado el Lobo los cinco largos trozos de tabaco? —preguntó el Zorro.

Mackenzie se volvió hacia el Zorro con enojo; luego, el humor de la situación lo alcanzó.

—Te daré un trozo corto.

—Como el Lobo lo decida —respondió humildemente el Zorro, extendiendo la mano.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB